

S.A./R.8

EL BUEN AMIGO

Periódico para la enseñanza de niños y adultos

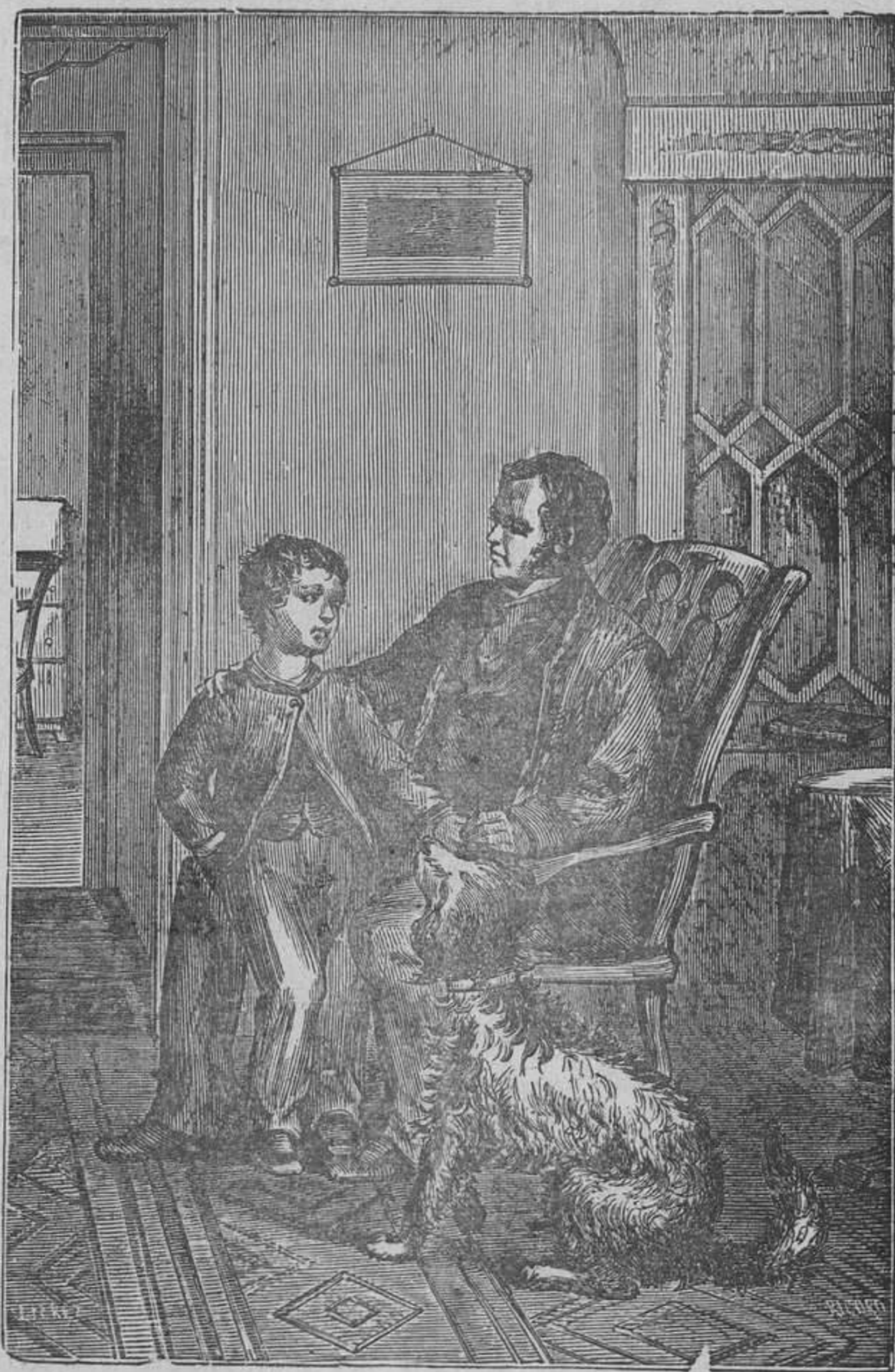
Sale cada 15 días

REDACTADO POR JUAN BENEJAM
ISLAS BALEARES. — CIUDADELA.

Precio 2 ptas. al año

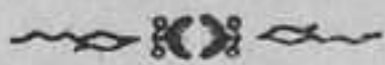
Año V. Ciudadela 1.º de Marzo de 1904. Núm. 5.

Demos á los niños y demás personas de sencilla inteligencia lecturas sanas, útiles y de fácil asimilación y resolveremos en parte el difícil problema de la educación popular.



UN NIÑO MODELO

En vista del grabado



JUANITO se conduce muy bien en la clase; el profesor está muy satisfecho de este niño, su padre trata de llevarle un día á la feria y hasta el perro parece que desea dar la enhorabuena á Juanito.

Los niños buenos y aplicados—esto ya se sabe—se sienten gozosos porque merecen el aprecio de todo el mundo y son muy queridos de sus padres y de sus maestros.



HISTORIAS Y CUENTOS



SIN RENCOR



I

DABA gusto el ver á aquellos dos niños tan hermosos, con los cabellos rubios como un haz de rayos solares, jugar en la playa á la caída de la tarde, cuando el globo incandescente del sol se hundía tras la línea imaginaria que el agua y el cielo trazaban allá en lo infinito.

Jorge, uno de los dos niños, era más alto, más robusto que su compañero Pedro; éste más tímido, aquel más resuelto. Ambos vestían unos trajecitos de marinero, pero el de Jorge era de dril, y á trechos la tela se hallaba superpuesta; en cambio el de su amiguito era de finísimo paño azul, y los botones se ase-

mejaban al oro bruñido por lo dorados y relucientes.

Ambos niños se querían como hermanos: bien es verdad que siempre se hallaban juntos y que unos eran sus juegos y aspiraciones; y aun cuando la diferencia social era notable en Jorge, hijo de un humilde pescador, comparada con la de Pedro, cuyo padre era capitán de navío, no por eso era menos el cariño que se profesaban y al cual coadyuvaban placenteramente los progenitores de Periquín, porque la familia de Jorge era honradísima y de unos sentimientos excelentes.

II

—¿A donde vas, Perico?

—A buscar á Jorge; que me estará esperando en el muelle.

—¡Phs! Yo no se como tienes vergüenza en ir con ese pobrete.

—¿Por qué, Antonio?

—¡Bah! ¡Mira que traje lleva! Nunca ha visto en su bolsillo un centimo, y su padre es un misero pescador que no tiene donde caerse muerto.

—Pero es bueno, y el que sea pobre no importa.

—¡Ta, ta! ¡Ya verás el pago que te da! Vente conmigo y déjate de mendigos, que fingen quererte tan solo porque hagas con ellos el *primo*.

Y el que tal decía, un niño de unos diez años de edad, vestido con pretensiosa elegancia, asió del brazo á Periquín, que no opuso la menor resistencia, y ambos amiguitos se pusieron á

pasear tranquilamente por la Alameda.

III

Aquella noche, Pedro, á solas en su lecho, reflexionaba acerca de las palabras dichas por su preteneioso amigo. Y, por más que su conciencia las rechazase, un incipiente orgullo le hacía comprender que, efectivamente, Jorge era muy bueno, sí, pero muy pobre, y, aun cuando su trajecito de dril se veía limpísimo, sin embargo estaba lleno de remiendos; y, por último, que ninguno de los niños de su edad, tales como el hijo del capitán de fragata Rodríguez, el del teniente del navío *Neptuno* y otros por el estilo, se reunían al hijo del mísero pescador. Y hé aquí como en el pecho de Pedro penetró algo de repulsión hacia aquel amigo del alma, y que por ende hiciese formal promesa de cortar las relaciones tan cordiales que hacia él le unían.

IV

Han transcurrido tres meses y encontramos á Jorge, triste y pensativo, sentado en un taburete de madera en la cocina de su casa, mirando como su madre prepara en una canasta los rodaballo pescados por su padre la mañana precedente.

—¿Qué haces, Jorge? ¿Por qué no sales?

—Y ¿para qué, madre?

—Antes no me decías eso. ¿Estás enfermo, hijo mío?

—No señora.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Me extraña. Di: ¿por qué, desde algun tiempo á esta parte, no viene á buscarte Pedrín?

—Porque no quiere.

—¿Habeis regañado?

—No, madre.

—Entonces...

—Es que Pedro no me quiere ya. Ayer le vi en la playa, del brazo con el hijo del maestrante. Les saludé, y se hicieron los distraídos.

Y, al decir esto, los ojos de Jorge se anublaron por las lágrimas.

Su madre permaneció en silencio.

—Me desprecia porque soy pobre y él es rico,—murmuró el niño con voz apenas perceptible.

Y, levantándose de su asiento, añadió.

—Madre, me voy á la playa á esperar á padre.

V

El día estaba apacible, y la playa y el muelle se veían llenos de curiosos que iban á ver el arribo de uno de los vapores correos que hacen su periódica travesía de la Península á la Habana y viceversa.

Jorge no hizo alto en aquel montón de gente que esperaba ansiosa la llegada del correo, y siguió su camino hasta encontrarse al pie de un peñasco que distaba desde el Embarcadero una milla.

Al llegar á aquel sitio, el niño se detuvo como sorprendido.

En la cumbre de la peña se hallaban dos jovencitos discutiendo acaloradamente.

En ellos reconoció Jorge á su ingrato amigo y á Antonio.

—¡Ah que no te atreves,—decía el último á Pedro,—á dar un salto desde aquí á la orilla sin caer en el mar?

—¡Ah que sí!

—¡Ah que no!

—Mira.

Y Pedro se levantó de su sitio, y, poniéndose en pié, arqueó los brazos y se dispuso á dar le salto.

Jorge vió aquel y escuchó dos gritos de espanto.

En seguida adivinó la causa que los motivaba.

Rodeó la peña y pronto vió confirmados sus temores.

Pedro había calculado mal la distancia, y, en vez de caer á la orilla, traspuso ésta y fué á parar como unas tres varas mar adentro.

El peligro en que se encontraba el niño era inminente.

No sabía nadar y la marea crecía por momentos.

Antonio, desde lo alto de la peña, permanecía mudo de asombro; en tanto el hijo del pescador, con extraordinaria ligereza, se quitaba las botas y el trajecito de dril y se echaba al mar á libertar aquella inocente presa, que se debatía en el líqui-

do elemento angustiosamente.

Lo consiguió, por fin, después de una terrible lucha.

Asió á Pedro por la chaquetilla, y á remolque lo atrajo hacia la playa.

Allí, sobre la fina arena, depositó el cuerpo de Pedro, y notando que éste, por efecto del terrible trance ocurrido, se había desmayado, cogió con entrambas palmas de la mano un poco de agua y roció con ella el rostro de su ex-amigo.

A los pocos instantes volvió en sí el niño, y al ver á su libertador lanzó un grito de esperanza.

Después, levantándose, echó los brazos al cuello de Jorge, y besándole murmuró.

—¡Jorge, hermano mio! ¡Perdóname si por un momento me olvidé de tí! Ahora te quiero más que nunca, y comprendo que la pobreza no es ningún delito. Tu acción tan noble me obliga á amarte con el cariño de hermano. ¡Dame otro abrazo... sin rencor! Porque tu no lo tienes: ¿verdad, Jorge?

—Sí; mis padres me han dicho siempre que no sea rencoroso, porque el rencor es la peor semilla que podemos abrigar en nuestro pecho.

* * *

Tan embebecidos se encontraban los dos amiguitos, que no repararon que desde el principio de aquella conmovedora escena, Antonio, avergonzado de su anterior conducta, se había mar-

chado sigilosamente de la peña.

Alejandro Larrubiera.

EDUCACIÓN CÍVICA

El Gobierno

—Claro está, les decía don Manuel á sus nietos, claro está que si los hombres no fueran tan egoistas como son, no habría necesidad de personas que les gobernasen y de una fuerza que impidiese hacer toda clase de fechorías.

—Tampoco se atrevería uno á trabajar por temor de que le robasen el fruto de su trabajo.

—Dices bien, Anselmo, añadió el abuelo; muchos se entregarían á la holganza para vivir á costa ajena; otros serían pobres, ignorantes y no pocos bandidos porque no habiendo quien gobernase y quien reprimiese los abusos, la mayor parte de los hombres se harían perversos.

—Díganos V. abuelito, objetó Ricardo. ¿Y quien sentencia á los jueces y á los gobernantes cuando son malos?

—La ley, ante la cual, no hay quien se escape. Siempre quedan otros jueces y otros hombres de gobierno para castigar á los culpables. Dios nos libre de los malos gobiernos, hijos míos, porque son una verdadera plaga y hay que destruirla.

—¿Y quien es capaz de destruir

un mal gobierno?, dijo Anselmo.

—Entendámonos. Hay gobiernos que para unos son buenos, mientras que para otros son detestables porque no favorecen sus opiniones ó sus intereses.

—¿En qué conoceremos pues, que un gobierno es bueno?

—Un gobierno es bueno cuando facilita á todos los ciudadanos los medios de desarrollarse sin establecer privilegios de ninguna clase; cuando á la sombra de la paz fomenta todos los intereses morales y materiales de la nación; cuando no agrava al pueblo por medio de contribuciones injustas para satisfacer gastos inútiles; cuando deja ejercer libremente todos los actos de la actividad, como son: profesiones, industrias, artes, oficios sin molestar á nadie, mientras no sea con un fin perverso; cuando no persigue á nadie por sus ideas políticas y religiosas con tal que no susciten escándalos ó desórdenes en cuyo caso puede reprimir las manifestaciones públicas; en fin, hijos míos, un gobierno es bueno cuando en todos sus actos se inspira en el bien de todos y no se corrompe por miras egoistas.

—¿Y quien elige los gobernantes? dijo uno de los niños.

—Toma! quien ha de ser contestó Anselmo: el Rey.

—¿Y quien elige el Rey? repuso el mismo niño.

—Atended, replicó el abuelo. Los principales gobernantes ó

sean los ministros, son empleados públicos elegidos por el poder supremo que representa el Rey, y cuando no tienen el apoyo de los representantes del pueblo, que son los diputados, entregan el poder á otros. Por esto han de tener buen cuidado los pueblos para elegir buenos diputados. Ya veremos esto mas adelante. Hablemos ahora de otros gobernantes. Adivinad quienes son.

—Los generales y los obispos, contestó inmediatamente Ricardo.

—Hombre, dijo el general, estos señores no gobiernan la nación. Los primeros son jefes del ejército y los segundos son los encargados de dirigir el clero y fomentar la Religión.

—Los alcaldes deben ser hombres de gobierno, dijo Anselmo.

—Claro está que un alcalde gobierna el pueblo donde ejerce sus funciones, como delegado del gobierno principal; pero el gobierno principal, que como sabéis lo forman los ministros, no pueden dirigirse á cada uno de los alcaldes de todos los pueblos, porque sería una tarea muy engorrosa. Hay de por medio una autoridad que reside en cada capital de provincia cuya autoridad es la que recibe directamente las órdenes del ministro y las transmite á cada uno de los alcaldes de los pueblos. Esta autoridad es el *gobernador civil*.

—¿Hay muchos gobernadores civiles en España, abuelo?

—Cuarenta y nueve, ó sea uno en cada provincia, los cuales son los genuinos representantes del gobierno. Otro día os daré á conocer con mayor desarrollo las funciones gubernativas.

LA NATURALEZA

EN PRESENCIA DE LOS NIÑOS

Fenómenos eléctricos

Debeis recordar que, en otro lugar de esta publicación, dejamos consignando que había dos clases de electricidad, ó bien, que este fluido se manifestaba de dos modos llamados electricidad *positiva* el uno y electricidad *negativa* el otro; y que las de un mismo nombre se repelen, mientras que las de nombre contrario se atraen. La electricidad, es una fuerza poderosa que se presta á muchas utilidades, cuando sus corrientes se hallan bien dirigidas; pero que produce efectos terribles, como la destrucción y la muerte instantánea, cuando se halla abandonada á su propia naturaleza.

Ya sabéis que en las regiones del Ecuador, por ser las mas ardientes, el mar envía á la atmósfera una gran cantidad de vapor, el cual carga á las nubes de electricidad positiva, cuyo fluido es transportado á las regiones polares por las corrientes atmosféricas. Una vez acumulada en los polos, su influencia atrae la electricidad negativa de nuestro globo,

porque es necesario tener en cuenta que la atmósfera, en su estado normal, se halla saturada de electricidad positiva, al paso que nuestro globo está cargado de electricidad negativa.

Puestas en contacto amigablemente estas dos electricidades en las regiones de los polos, se produce en la atmósfera un fenómeno singular debido á la reconstitución del fluido neutro, que es el estado normal de la electricidad. Dicho fenómeno es la *aurora boreal*.

¿Habeis presenciado nunca este admirable fenómeno? Aparecen en el cielo, durante la noche, vivísimos resplandores ora en la forma de colosales abanicos ó de anchurosos tapices dorados; ora se proyecta un arco luminoso ó una inmensa cúpula de fuego con la combinación de los colores azul, verde, amarillo, blanco y rojo que juguetean á veces con los rayos de la aurora. Parece que una gran parte de la atmósfera se ha convertido en un celeste incendio.

Y sin embargo, este fenómeno, lejos de infundir espanto, es saludado con alegría por los infelices habitantes de aquellas regiones, bien al revés de otros fenómenos producidos por la misma electricidad, que ocasionan fundados temores:

Aquí teneis el *rayo* pero antes convendrá hablaros de esos resplandores difusos que iluminan las nubes, ó sean los relámpagos, y de esos otros fenómenos ruidosos á que llamamos *truenos*. ¿Qué es el relámpago y que es el trueno?

Quando la electricidad se des-

prende de una nube y se precipita, ya sobre otra nube, ya sobre un punto del suelo saturado de electricidad contraria, hay producción de luz eléctrica. Fijaos bien en este principio. El cambio de la electricidad entre las nubes en una gran superficie, se cree que producen los relámpagos, fenómenos por lo regular inofensivos y que abarcan una extensión de muchos kilómetros, cuya longitud es la causa de que retumbe el *trueno*, porque el trueno no es otra cosa sinó el ruido que produce la chispa eléctrica al verificar un cambio de electricidades. Este ruido puede depender de muchas causas. Puede resultar de que las nubes se dilaten por efecto de la tensión eléctrica que las hincha propianamente y las desgarran, y la descarga de unas produce las de otras.

(Concluirá.)

EL HOMBRE Y LA MULA.

(FÁBULA)

Una mula testaruda
Iba tirando de un carro
Por un estrecho camino
Lindante con un barranco.

De llevarla por el centro
Del camino, cuida el amo
Sin distraerse un momento
Para evitar un fracaso.

Del invierno con las lluvias
Había abundantes charcos,
Y el animal se empeñaba
En no mojarse los cascos.

Así que al menor descuido
Del carretero, con garbo
Se inclinaba hacia la orilla

Caminando con buen paso.

Por evitar el peligro
El hombre con férrea mano,
La sujeta y la dirige
Por el camino] más ancho.

Mas ella sin darse cuenta
Vuelve á su capricho insano,
Y al fin supera al esfuerzo
Del carretero cansado.

Como el borde del camino
Estaba más seco y llano,
Emprende gozosa el trote
Satisfecha y sin cuidado.

El hombre que ve el peligro,
Al punto enarbola el látigo
Y procura al buen camino
Volverla; más todo en vano.

Viendo que nada consigue
Y al contemplar tan cercano
El riesgo ya no vacila
Y salta al punto del carro.

Lo hizo á tiempo; pues apenas
Sus pies al suelo tocaron,
Mula y carro se despeñan
Y al fondo caen del barranco.

*El que terco se aventura
En el camino del mal,
Al fin encuentra el fatal
Castigo de su locura.*

Francisco Roperó.

DE TODO UN POCO

Ejemplo de laconismo.—Un cuá-
kero, establecido en Londres,
quiso saber de otro correligiona-
rio suyo que había ido á domici-
liarse en Washington lo que había
de particular en aquel país, y le
puso la siguiente carta:

Londres 15-5-97-? (y la rúbrica.)

El de los Estados-Unidos, le
contestó:

Washington 3-7 97-0 (y la rú-
brica).

Traducción: Londres, 15 de Ma-

yo (5.º mes del año) de 1797: ¿qué
hay de nuevo?—Y el otro contestó
al interrogante cero (0), es decir,
que no había nada de particular.



Dícese que la polilla no ataca
los paños verdes. El arsénico se
usa para obtener este color y la
polilla sabe demasiado lo que se
hace evitándolo.



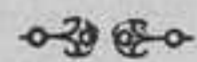
En el registro de la antigua Cá-
mara de cuentas de Francia, se
encuentra un artículo de veinte
sueldos, para dos mangas nuevas
para recomponer un jubon viejo
de Luis XI.



Calcúlese que si se pudiera esta-
blecerse una buena y perfecta red
de alambre, un despacho telegrá-
fico podría dar, en solo dos se-
gundos, varias veces la vuelta al
mundo.



En algunos cantones de Suiza
se entierra por cuenta del Ayun-
tamiento tanto á ricos como á
pobres.



Un caballero se acerca á com-
prar un perrito americano á un
vendedor de perros.

—¿Lo desea V. para esta pobla-
ción ó para fuera? le pregunta el
vendedor.

—¡Hombre! ¿y á usted que le im-
porta? yo lo único que quiero es
comprar un perro.

—Le diré á V., añade el vende-
dor; si es para fuera, le costará
más caro; siendo para esta po-
blación, se le puede hacer alguna
rebaja, porque suelen volverse á
casa al otro día.

Imprenta y librería de S. Fábregues.